

Valores, roles y prácticas en conflicto:

el papel de los periodistas mexicanos en las elecciones presidenciales del 2006

Mireya Márquez Ramírez

Introducción

En las democracias establecidas, el modelo normativo de periodismo establece que la función primordial de los medios es la de velar por el interés público y vigilar las acciones del Estado, con el fin de proveer a los ciudadanos de información para la toma responsable de decisiones (Siebert, *et al.*, 1956; Christians *et al.*, 2009). De tal forma, los noticieros tendrían la encomienda de fomentar el debate de ideas y propuestas para ayudar a formar una ciudadanía plural y tolerante, especialmente en tiempo de elecciones (Katz, 1972). Adicionalmente, en el modelo predominante de periodismo en el mundo existen ciertos valores, como la objetividad, la factualidad o la búsqueda de la verdad (Schudson y Anderson, 2008), que se han convertido gradualmente en cánones universales de identidad profesional (Kovach y Rosenstiel, 2001; Deuze, 2005), pese a sus constantes críticas o desconexiones con los diversos estados de las democracias en el mundo (Dahlgren, 2009).

Aun cuando hay un relativo consenso sobre las funciones normativas y los valores periodísticos que se esperan de los medios, con frecuencia el contexto personal, profesional, organizacional y estructural en el que se ejerce el periodismo posiciona dichos valores y funciones en constante tensión. Como asegura Herbert Gans, el quehacer diario de los periodistas está moldeado por diversas fuerzas: la estructura operacional y editorial de los propios medios, la necesidad de la inmediatez, la competencia por las audiencias, la concepción tanto del propio 'ideal democrático' como de los valores y prácticas que implica, y, principalmente, la desconexión entre 'lo ideal' de 'lo real', en cuanto a lo que debe ser el periodismo (2003, p. 45).

Por otra parte, el estudio de los roles y valores que se autoadjudican los periodistas, los procesos y prácticas de reporte y las culturas profesionales en México, y menos aún durante procesos electorales, ha sido un área temática escasamente explorada en la literatura política o sociológica. La relevancia de este tema cobra especial importancia durante eventos políticos que suponen conflicto y confrontación —como las elecciones presidenciales del 2006 en México—, debido a que muchos conceptos normativos del periodismo, como el de ‘ser vigilante del poder’ o ‘mantenerse editorialmente distanciado’ e ‘imparcial’, se vuelven problemáticos para definir y operacionalizar en la práctica diaria.

Este capítulo disecciona las tensiones insertas entre los estándares profesionales del periodismo, el modelo normativo al que se adhiere y los múltiples factores individuales, organizacionales y político-económicos que le condicionan y limitan. El análisis cualitativo que presentamos surge de estudiar las ambigüedades inmersas en los roles y valores profesionales que asumieron noventa periodistas mexicanos de 22 medios nacionales, en diversas fases del conflicto y polarización social que le siguieron a las elecciones presidenciales del 2006 en México, unas de las más reñidas de la historia.

Las preguntas que pretendemos evaluar desde la perspectiva del periodista son: 1. si el papel del periodismo es informar y diseminar información tal como ocurre; 2. reflejar neutralmente el tono del debate, al darle una plataforma de expresión a las partes en conflicto; 3. explicar y analizar las variables del conflicto más allá del discurso político, o 4. buscar la verdad última. Argumentamos que aunque a simple vista el modelo normativo y predominante de periodismo —que en lo consecuente llamaremos *liberal* debido a sus orígenes filosóficos e histórico-geográficos— supone la ejecución de todas estas funciones, en situación de conflicto político estas funciones se confrontan. Al presentar las reflexiones que hacen los periodistas mexicanos sobre su propia labor durante el conflicto nos planteamos preguntas que cuestionan valores tradicionales de periodismo —factualidad, objetividad, distanciamiento editorial—, y su pertinencia en contextos de conflicto y crisis.

Breve anatomía de un conflicto

Las elecciones presidenciales del 2006 y el agudo conflicto postelectoral que le sucedió constituyen uno de los episodios más controversiales de la historia reciente en México. Con miras a las elecciones presidenciales del 2012 en México, serían pocos quienes no reconocerían que el proceso electoral del 2006 no sólo “no ha encontrado hasta la fecha adecuada sepultura” (Hernández Avendaño y Muñoz Armenta, 2010, p. 11), sino

que, por su complejidad, ha influido considerablemente en los debates políticos del nuevo proceso electoral.

Las consecuencias para la legitimidad de los actores y las instituciones se siguen resintiendo, y se continúa poniendo en entredicho tanto el significado de los cambios que se han ejecutado en el régimen político mexicano para la democratización del país (Gómez Tagle, 2007), como el papel que desempeña la prensa mexicana en la defensa o legitimación de las instituciones y los actores de poder.

Desde la perspectiva de la comunicación política, dichas elecciones presidenciales serán recordadas por los constantes cambios en estrategia de medios que se sintetizan en lo que Darren Wallis llama “un cambio del modelo de la ‘tortilla’ al modelo de la Coca-Cola” (2003). Esta estrategia se evidenció de manera más clara durante la última etapa de la campaña, cuando el candidato del Partido Acción Nacional (PAN), Felipe Calderón, y el de la coalición de izquierda ‘Por el Bien de Todos’, Andrés Manuel López Obrador, se enfrascaron en un fenómeno relativamente nuevo en México: el intercambio de anuncios publicitarios a través de los medios masivos que los comentaristas pronto llamaron ‘campaña negativa’ o ‘campañas negras’¹.

Estas campañas se centraron en la crítica y ataques abiertos del candidato oficialista del partido de centroderecha al puntero en las encuestas, López Obrador, quien había encabezado consistentemente las encuestas como absoluto favorito desde sus días como alcalde de la Ciudad de México, y aun tres meses antes del día de la elección (Espino, 2009). Sin embargo, conforme la campaña fue avanzando, no sólo se intensificaron los ataques abiertos de Calderón, sino, también, los errores en el discurso y la lentitud en la estrategia mediática de respuesta por parte de López Obrador, pues a pocos días de la elección, y en un ambiente ya polarizado por las ‘campañas negras’, el resultado se vaticinaba muy cerrado.

Además de su contenido beligerante, las ‘campañas negras’ resultaron controversiales, porque su financiamiento no provenía de los recursos públicos asignados al PAN como parte de su partida para publicidad y propaganda, como marcaba la ley electoral mexicana, sino que había sido costeadada por el Consejo Coordinador Empresarial y otros grupos

1 La campaña ‘oficial’ de Calderón supo capitalizar los propios discursos críticos de López Obrador para asociarlo con una imagen de intolerancia. La campaña ‘no oficial’ financiada por organizaciones civiles afines al PAN y por grupos empresariales (García Calderón, 2007; Villamil y Scherer, 2007) fue sin duda la más crítica. En varios anuncios comerciales se alentaba abiertamente a la población a no votar por Andrés López Obrador, a quien se retrataba como “un peligro para México”, porque “pondría al país en deuda” o “acabaría con la propiedad privada y la clase media” (Espino, 2009). Los anuncios lo equiparaban con el presidente venezolano Hugo Chávez o con el subcomandante Marcos, líder del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN).

conservadores opuestos al modelo de izquierda de López Obrador, una figura no contemplada en la legislación electoral correspondiente.

El ambiente de crispación que generaron las campañas se acentuó con los errores de la propia autoridad electoral durante la contienda. Un evento crucial que propició un clima de tensión e incertidumbre ocurrió la noche del 2 de julio, cuando el presidente del Instituto Federal Electoral (IFE) —el organismo ciudadano autónomo encargado de organizar las elecciones—declinó declarar a un ganador, con el argumento de que la diferencia entre los dos candidatos punteros era menor al margen de error (Pliego Carrasco, 2007). Sin embargo, tras conocerse el resultado del cómputo oficial de todas las actas, tres días después, el IFE dio por ganador a Felipe Calderón, con una cerrada victoria de 0,58%.

En respuesta, el candidato de la izquierda rechazó el resultado, demandó un recuento total de los votos por considerar que se habían cometido múltiples irregularidades antes, durante y después de que cerraran las casillas, y arguyó ser víctima de un fraude orquestado desde el gobierno de Vicente Fox, los empresarios que habían patrocinado una inusual campaña mediática de desprestigio en su contra y otros sectores de poder fáctico, que se habrían coludido para impedirle la llegada a la presidencia (López Obrador, 2007).

De igual forma, fluyeron las críticas al árbitro de la contienda, el IFE, por alentar y generar dudas, al no salir oportunamente a aclarar rumores, por su falta de transparencia en la operación del Programa de Resultados Electorales Preliminares (PREP) —encargado de publicar en línea los cómputos de las actas en tiempo real—, por su decisión para dar por buena la victoria de Calderón, sin considerar que el resultado había sido impugnado ante tribunal, o por admitir durante los peores días de incertidumbre que cerca de tres millones de sufragios no habían sido contabilizados.

En el marco de estas dudas generalizadas que se multiplicaban por falta de claridad, de pericia, de saturación de información o de pronunciamientos encontrados, López Obrador y su equipo presentaban a diario ante los medios nuevas pruebas que, a su juicio, avalaban su tesis del fraude, mientras el IFE o el equipo de Calderón las demeritaban ante la opinión pública. La enorme polarización social que acompañó el conflicto se dio entre quienes (incluidos periodistas) creían en la teoría del fraude y pedían el recuento total de votos, los que pedían el recuento total de votos para darle certeza y legitimidad al resultado, pero no necesariamente creían en fraude, y los que lo creían innecesario, al considerar que la elección fue limpia y el conflicto provenía de los caprichos de un mal perdedor.

Días más tarde, en una medida impopular incluso entre un amplio sector que hasta el momento le había respaldado, el movimiento de resistencia que se había gestado alrededor de López Obrador asentó campamentos permanentes sobre vías importantes de la Ciudad de México y el Zócalo, su principal plaza, como medida de presión. Era evidente que “con la gente en las calles y la sensación de que el proceso no había sido del todo limpio, se requería de nuevas instituciones que pudieran dirimir el conflicto” (Varela Guinot, 2010, p. 71).

Mientras el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación evaluaba las pruebas de las irregularidades y más evidencias confirmaban o negaban —según el cristal con que se viera— las acusaciones de voto, las declaraciones contra el plantón y el bloqueo de vialidades se intensificaban. Finalmente, el Tribunal ordenó el recuento de sólo 10% de las urnas y no el total, como demandaba un importante segmento de la opinión pública. En esas casillas que se recontaron, muchas de las irregularidades que acusaba la *coalición* se comprobaron y el ajuste de los resultados se revirtió a favor de López Obrador, lo que alimentó aún más la suspicacia de los defensores de la tesis del fraude. No obstante, la diferencia entre ambos candidatos sólo se redujo en 0,02%, para quedar en el 0,56% final, por lo que la elección se declaró válida y Calderón se erigió en presidente electo.

Pero una nueva crisis de legitimidad vino con el propio dictamen del Tribunal: aunque la victoria del PAN se ratificó, el entonces presidente Vicente Fox, otrora candidato del cambio y la alternancia que luchó desde la oposición contra el autoritarismo del viejo régimen priísta, fue reprendido por haber puesto en riesgo la elección, debido a su intervención indebida a favor del candidato ganador. En tanto, no sólo los simpatizantes de López Obrador se negaron a reconocer a Calderón como presidente electo, a quien continuaban llamando “usurpador”, sino que dos meses después ungieron a su candidato como ‘presidente legítimo de México’.

Los analistas políticos, y no pocos periodistas, dividieron sus posturas. Un segmento argumentaba que las instituciones y procedimientos electorales, tras años de esfuerzo por lograr prestigio y credibilidad, debían respetarse en cuanto órganos autónomos y ciudadanos con probada reputación, aun si las reglas no fueran populares (Pliego Carrasco, 2007; Lajous, 2006; Tello, 2007). Otro segmento, en cambio, creía necesario haber invalidado la elección y recontado los votos en su totalidad ante lo que consideraban parcialidad del gobierno, inequidad de la contienda por las campañas negras y actuación ilegal de terceros partidos (Díaz, 2007; Rodríguez Araujo, 2006; Villamil y Scherer, 2007).

Para muchos, las instituciones estaban obligadas a comprometerse con la exactitud y la certidumbre del proceso y la futura legitimidad y gobernabilidad del candidato vencedor ante el resultado tan cerrado. Otros proveyeron de evidencia —a su juicio, irrefutable— que daba cuenta de los numerosos errores humanos en el cómputo de votos y actas que hacían imprescindible un recuento total, aunque no hubiera existido la intención de alterarlas ni el fraude hubiera sido el móvil. En su propio análisis de las actas electorales, el politólogo José Antonio Crespo (2008) encontró que las denominadas *inconsistencias aritméticas* fueron de tal magnitud “que no se puede saber quién ganó las elecciones del 2006”, pues la simple cifra de votos irregulares habría sido mayor que la diferencia de 0,56% que le dio la victoria a Calderón.

De igual forma, la postura pública tomada por muchos periodistas y medios en un sentido u otro fue muy cuestionada después de la elección. Se ha acusado a los medios de alentar la polarización y de tomar partido. En una tradición de subordinación histórica de los medios al partido oficial, especialmente durante tiempos electorales y por los conflictos de interés que generan la renovación gubernamental de las concesiones de radiodifusión a los mismos grupos mediáticos (Arredondo, Fregoso y Trejo Delarbre, 1991; Gómez Tagle, 1988; Aceves González, 2001, 2002; García Calderón y Figueiras Tapia, 2006), un segmento de analistas considera que los medios informativos le apostaron a la victoria de Felipe Calderón, y los pocos que originalmente habían manifestado apoyo a López Obrador, hasta antes de la elección, lo hicieron sólo por conveniencia o miedo (García Calderón y Figueiras Tapia, 2006; Villamil y Scherer, 2007).

Pero aun cuando se ha convertido en lugar común acusar a los medios de parcialidad durante procesos electorales, los investigadores en periodismo sabemos muy poco sobre cómo se configuraron y planearon las políticas editoriales respecto a campañas y candidatos. No hemos escuchado lo que los propios periodistas tienen que decir sobre el 2006, ni el rol que creen que deben adoptar en conflictos políticos. Así, pues, creemos que diseccionar la cultura periodística mexicana en cuanto a sus valores e identidades profesionales, así como a sus prácticas y procesos de reporte, contribuye al reconocimiento de la compleja cultura política de una incipiente democracia que parece haber amalgamado las inercias del autoritarismo.

Roles y valores periodísticos en conflicto: entre el modelo liberal de periodismo y la polaridad

De acuerdo con el modelo predominante de periodismo en el mundo, que en lo subsecuente llamamos *modelo liberal*, los roles del periodismo liberal serían el de constituirse en vigilante (*watchdog*), y contrapeso (*fourth*

state) del Estado, mediante la presentación de información basada en la descripción de hechos verificables y no en opiniones (*factualidad*), con el fin de evitar sesgos y juicios de valor (*objetividad*). De tal forma, los estándares profesionales mejor consensuados del periodismo serían la objetividad, *factualidad*, distanciamiento editorial por parte del periodista e imparcialidad (Kovach y Rosenstiel, 2001). Por lo contrario, no corresponderían con el modelo liberal de periodismo —y su concepción sobre profesionalismo— el partidismo, la militancia, la interpretación o el comentario en la nota periodística, rasgos más característicos de otras tradiciones de periodismo, como sería el caso de la prensa francesa o italiana, donde el concepto de objetividad no tuvo históricamente el mismo arraigo que en Estados Unidos y Reino Unido (Chalaby, 1996, 1998; Mancini, 2000, 2005; Benson, 2002, 2005; Hallin y Giles, 2005; Boudana, 2010).

De acuerdo con Daniel Hallin y Paolo Mancini (2004), esto se explicaría porque en países como Francia, Italia o España, el ‘paralelismo político’ de la prensa respecto a su sistema de gobierno es alto y los hace vulnerables a la intervención en su regulación y a su ‘instrumentalización’; es decir, a su utilización con fines propagandísticos².

Aunque las críticas a la *operabilidad* del modelo liberal son largas y conocidas —por ejemplo, la prevalencia de fuentes de élite y oficiales (Manning, 2001), los intereses corporativos de los grupos mediáticos sobre interés público (McChesney, 1999; Trejo Delarbre, 2001, 2005), o su anglocentrismo (Curran y Park, 2000; Curran, 2002)—, es innegable que diversos estudios han demostrado que el modelo liberal de periodismo y sus valores, en gran medida continúan cimentando, incluso con sus diversas aproximaciones culturales, la “ideología consensual” (Deuze, 2005) y los “marcos profesionales e identidades” (Tumber, 2004) de los periodistas en el mundo³.

2 Aun con estas diferencias, diversos estudios comparativos concluyen que el tipo de periodismo interpretativo y de amplia intervención por parte del periodista que se practica en *Le Monde* consistentemente provee al lector con mayor contexto y análisis que la simple descripción factual de la información, como ocurriría con el *New York Times* (Benson y Hallin, 2007).

3 Por un lado, las encuestas de periodistas y estudiantes de periodismo en todo el mundo muestran un consistente y creciente acuerdo con la función de vigilante, la diseminación factual de información y el distanciamiento editorial del periodista (Splitchal y Sparks, 1994; Weaver, 1998, 2005). Las encuestas siguen demostrando que los periodistas estadounidenses serían los que consistente e históricamente se han adherido a estándares como la objetividad y el distanciamiento editorial (Johnstone, Slawski y Bowman, 1976; Weaver y Wilhoit, 1986, 1996). Sin embargo, también muestran que las culturas profesionales varían alrededor del mundo debido a factores sociopolíticos y culturales (Weaver, 1998; Donsbach, 1995; Donsbach y Patterson, 2004; Mellado Ruiz, 2010; Hanitzsch y Mellado, 2011).

Sin embargo, en las últimas fechas, los investigadores en periodismo han empezado a *desfocalizar* sus estudios sobre identidades profesionales de la normatividad liberal, y a examinar sus posibles polaridades y contradicciones en el marco de sus contextos laborales.

Como proponen en sendos esquemas conceptuales los investigadores Nico Carpentier (2005) y Thomas Hanitzsch (2007), el entendimiento sobre los procesos de la producción de la noticia necesariamente pasa por la identificación de los contrastes que se generan entre las identidades profesionales 'hegemónicas', basadas en el *deber ser* como objetividad, factualidad, distanciamiento editorial, imparcialidad, vigilancia o actitud de servicio público (como en el modelo liberal anglosajón), y las 'contrahegemónicas', como partidismo, opinión e interpretación, intervencionismo, agente de movilización, propagandismo o servicio a intereses privados. Entender estas diferencias y sus negociaciones en diversos contextos y momentos por los que atraviesan ciertos medios posibilita la reconstrucción del campo discursivo que rodea la identidad del periodista.

Otra forma de entender las identidades profesionales y roles de los periodistas es no sólo por medio de polaridades, sino de adopciones graduales de diversos roles que no se excluyen mutuamente. Por ejemplo, al analizar la cobertura mediática de la toma de rehenes de un grupo de separatistas canadienses en Quebec, el investigador Bernard Dagenais (1992) propone una forma de entender la cobertura de crisis y conflicto por parte de los medios, que pasa no por polaridades, sino por fases. En su tipología, que trata de dilucidar si los medios son simples observadores, actores o chivos expiatorios, el autor concluye que como un ritual, en todo conflicto, los medios pasarían de ser simples observadores y testigos de los acontecimientos, a actores que intervienen activamente o se convierten en protagonistas centrales de tales acontecimientos, para favorecer o auxiliar a una de las partes en conflicto y convertirse, finalmente, en el blanco de acusaciones, a quienes se culpa por un desenlace desafortunado.

De igual forma que Carpentier, Hanitzsch o Dagenais, nuestro objetivo en este estudio es analizar tanto las ambigüedades y polaridades presentes en la forma como los periodistas mexicanos cubrieron y entendieron su posición frente al conflicto postelectoral de 2006, como sus funciones durante las distintas fases que supuso el conflicto. Aquí hemos diseñado una tipología mínima de polaridades en percepciones y roles en conflicto, que fueron observables en diversos momentos del conflicto postelectoral.

Hallazgos: los periodistas mexicanos y su cobertura del proceso electoral

Nuestro estudio está basado en metodología cualitativa, que consistió en entrevistas individuales a profundidad con 90 periodistas (45 de radio y

45 de prensa escrita), de 22 medios nacionales, o con sede en el Distrito Federal: siete grupos radiofónicos, nueve diarios nacionales, uno regional, tres semanarios y una agencia de noticias, todas realizadas entre agosto y octubre de 2007. La muestra incluyó 49 reporteros, 27 periodistas en cargos editoriales: directores editoriales, jefes de redacción, jefes de información, editores o productores, 6 conductores de radio, 3 columnistas y el resto redactores, productores o subeditores.

Nuestra tipología de polaridad incluye cuatro áreas en las que los periodistas mexicanos expresaron incertidumbre y duda. Como veremos, además, cada una de estas áreas aporta datos para entender cómo se vio el conflicto desde los medios y qué nos revelan sobre la forma como los medios construyen el discurso político y visualizan los conceptos de democracia y ciudadanía en relación con los roles y deberes que se imponen.

El problema de la 'factualidad': cronista de campañas o descripción acrílica

Durante la cobertura de las campañas presidenciales, y especialmente durante el conflicto postelectoral, varios de los participantes experimentaron una dualidad respecto al papel que debían desempeñar y sobre el terreno de la conciliación entre los estándares profesionales y el 'deber ser', con su dinámica diaria de trabajo. Por un lado, sabían que su labor consistía en atestiguar los hechos y narrarlos tal cual ocurrían, sin perder una declaración o detalle ante los competidores. Por otro, pese a las limitaciones impuestas por los propios estándares, muchos experimentaron la necesidad de involucrarse más a fondo con el sujeto noticioso en cuestión y de interpretar los hechos significativos que atestiguaban tras bambalinas durante las campañas: qué hacían los candidatos, con quiénes hablaban, cómo entablaban sus relaciones interpersonales, o el ambiente y carácter de los partidarios durante sus mítines.

Cuando preguntamos cómo había sido la dinámica de la cobertura de las distintas campañas —Roberto Madrazo (candidato del PRI), Felipe Calderón o Andrés Manuel López Obrador—, y del tiempo que pasaron los reporteros observando, siguiendo y escuchando a los candidatos, emergió el hecho de que su aguda observación y análisis no se incluía en sus notas informativas. Por ejemplo, varios reporteros identificaban muy claramente las diferencias entre las estrategias, la profundidad y verosimilitud de las propuestas de campaña, así como el nivel de popularidad y carisma del candidato, los rasgos de su personalidad, su capacidad de liderazgo y el grado en que la campaña era o no fruto del trabajo del equipo de relaciones públicas. Por ejemplo, un reportero de uno de los

diarios de mayor tamaño y circulación criticó la campaña de Andrés Manuel López Obrador por considerarla superficial:

Su campaña era, sí diferente, en cuanto a esa idea de recorrer por tierra todo el país. Pero creo que era un ornamento, un maquillaje para que se viera bonito y distinto de aquéllas que se hicieron por avión [...] El candidato mentía con facilidad, la gente de ahí eran 'acarreados', y muchas de sus propuestas, no digo que todas, pero bastantes, eran realmente inviables. (Reportero político 2, diario 'I')

La parte *no oficial* de las campañas que los reporteros asignados habían cubierto día a día, minuto a minuto, tras viajar con los candidatos, seguirlos de cerca y asistir a cada evento público, parecería proveerles de una cercanía y conocimiento, y, por tanto, de un capital simbólico y grado de autoridad del que carecían los comentaristas o analistas políticos. Durante la entrevista para este proyecto, el reportero antes citado proveyó de amplias explicaciones empíricas y factuales sobre la razón detrás de la inviabilidad de las propuestas, pero tal análisis no lo incluyó en sus notas, porque no lo consideró su tarea. Otros reporteros, en cambio, resaltaron la personalidad de López Obrador y su capacidad para atraer espontáneamente la simpatía de los habitantes de los pueblos y ciudades que visitaba, pero tales percepciones igualmente caerían en terreno peligroso si se plasmaban en sus reportes.

A mí sí me consta que López Obrador, podrás tenerle todas las fobias que quieras, el tipo tiene un encanto con la gente en la calle que no tiene nadie en este país. [...] A mí sí me consta que López Obrador era una persona, es todavía un tipo que se baja, y es de pueblo, ha sido siempre de pueblo. (Reportero político 1, diario 'G')

Un candidato que, según las percepciones de los reporteros, a la vez es engañoso en sus propuestas, pero encantador y magnético con la gente, presenta, así, un interesante contraste de lecturas y oportunidades para indagar en su personalidad y estilo. Este tipo de lecturas tenderían a hacerse desde las columnas o los programas de análisis, pero no desde las breves notas de los reporteros, que parecen no asimilar como parte de su trabajo explorar sus propias observaciones por medio de evidencia empírica y factual, otras fuentes políticas locales o testimonios de primera mano. Con ello parecen adherirse a una regla no escrita, pero no por esto

menos estricta: el proceso que implique comentario o análisis no es parte de sus atribuciones y les está intrínsecamente vetado. La presentación de una percepción de la realidad que deviene de la observación y el registro sistemático con frecuencia se considera, tanto por la escuela tradicional del periodismo como por los propios entrevistados, como 'subjetivo' o 'interpretativo', y, por tanto, indeseable y opuesto a los cánones profesionales de la objetividad y el distanciamiento editorial.

En el imaginario de los reporteros, las opiniones o juicios han de guardarse para sí mismos o para charlas de pasillo con los colegas, pero nunca para colorear sus productos diarios, a riesgo de ser tildados de caer en la interpretación, militancia o 'editorialización'. Así, pues, encontramos que los reporteros que cubrieron día a día las campañas presidenciales frecuentemente se confrontaron a sí mismos con la pregunta sobre cómo describir sin analizar, o cómo hacer crónicas sin incluir juicios de valor, o la pertinencia de privilegiar el trillado discurso oficial de los candidatos con su propia observación. En casi todas nuestras entrevistas con reporteros encontramos una enorme ambigüedad sobre lo que significa y divide la descripción de la crónica, el juicio de la interpretación. Estos reporteros ofrecen visiones contrastantes sobre el tema:

Primero, yo pues puedo tener una ideología y puedo tener una posición política muy clara, pero a pesar de que el periodismo debe ser interpretativo, no puedo yo opinar en mi artículo, entonces trataba de contar los hechos, de relatar lo que era la campaña, sin opinar. Lo importante yo creo que en las notas es no calificar, evitar los adjetivos que califican, y obviamente tratar de entender lo que hay detrás del hecho. (Reportera política 2, diario 'G')

[...]

A veces tú quieres hacer un análisis de esa nota, de lo que ocurría en campaña, por qué está pasando, obviamente haciendo la clásica nota del dónde, cuándo, cómo, etcétera. Tú quieres explicar y analizar por qué están pasando las cosas, pero el medio no te lo permite, te dice: 'No, no, no, eso es editorializar. Tú no eres editorialista. Tú tráeme la nota dura. El qué, cómo, cuándo'. De repente el medio te limita. (Reportero político 1, diario 'D')

En este escenario, para los reporteros de campaña, agregar cualquier dejo de opinión incrementa el riesgo de ser tachados como parciales, aun cuando veremos, las opiniones y calificaciones hacia las acciones de los políticos prevalecieron entre comentaristas y conductores de radio. Con la clara división del trabajo en el periodismo y la jerarquización de grado

de autoridad en las salas de redacción se revela la puesta en marcha de la escuela tradicional de periodismo, que históricamente ha trazado los límites y fronteras narrativas entre la nota informativa, la crónica o el artículo de opinión, no sólo en cuanto géneros periodísticos que todos en la sala de redacción están obligados a manejar, sino en cuanto clasificación organizacional de trabajo y distinción de jerarquía. Sin embargo, la adherencia a esta estricta división parecería generar conflicto en cuanto a la percepción que tiene el periodista sobre su identidad profesional y lo que se plantea como su trabajo. En la práctica, el distanciamiento editorial parecería desalentar y maniar la capacidad de los reporteros para proveer claves de contexto y análisis en sus notas.

Diseminación y transmisión de información o 'declaracionismo'

Otro terreno ambiguo para la operabilidad del modelo liberal de periodismo, especialmente su función de vigilante, es la interpretación y aplicación práctica de la factualidad, o descripción de los hechos. La pregunta sobre qué constituye el 'hecho' en la cobertura de campañas parece encontrar fácil respuesta en la diseminación acrítica de fragmentos de discurso político del candidato en cuestión, sin que haya necesariamente una inserción de tal discurso en el panorama general de la plataforma política y estratégica del partido.

Tal y como aseguran los autores suecos Asa Kroon Lundell y Matt Ekström: "las declaraciones se vuelven noticia incluso antes de materializarse, a través de la representación mental creada cuando los reporteros visualizan los fragmentos de audio que seleccionarán en el momento mismo que están escuchando a alguien hablar" (2010, p. 487)⁴.

Tomar el fragmento descontextualizado de la declaración incendiaria parece ser el procedimiento común de los reporteros para cubrir campañas electorales, y su función pareciera circunscrita al mero registro de declaraciones y pronunciamientos de los candidatos, que en radio se visibilizan a través de los audios, y en la prensa escrita, por medio de la paráfrasis, las citas textuales y la referencia al discurso y la expresión. Este fenómeno es conocido entre los periodistas mexicanos como 'declaracionismo', 'periodismo declarativo' o 'declaracionismo', y su método es descrito por un reportero.

Cuando se dan mucho más las 'declaracionitis' es cuando hay campañas electorales, si se golpean campesinos de (población rural

⁴ Traducción propia.

de) Atenco contra los policías, lo primero que te piden en tu redacción es: 'pidan opiniones a los candidatos', y vas y les preguntas (Reportero político 3, diario 'H').

Así, tenemos que la factualidad se constituyó en otra arena problemática para la definición de funciones y la operación de los roles del periodismo vigilante. Mientras algunos reporteros consideran que la mera descripción de la realidad basada en la presentación textual de las posturas de las partes en conflicto dejó de lado la complejidad y profundidad del conflicto postelectoral, otros consideran que su tarea como reporteros consiste en simplemente informar lo que iba ocurriendo.

En cualquier caso, de las entrevistas con estos reporteros es evidente que su apego a la cultura de la transcripción y del 'periodismo declarativo' está mínimamente relacionado con la búsqueda de la verdad. Después de todo, recolectar declaraciones de políticos y candidatos que enuncian como reacción a otro evento parece exhibir sus cualidades y calidades personales. Así, pues, la cobertura de declaraciones o 'declaracionismo', como estilo de reporteo en México, se hizo extensivo también al conflicto postelectoral.

Todas las declaraciones del conflicto postelectoral no estuvieron alrededor de la tarea que le tocaba al IFE y al Tribunal sino a lo que ocurría en torno al plantón, pues era más un discurso político de parte de los hoteleros, de parte de los afectados, y de parte de los que apoyaban a López Obrador. (Reportero político 1, radio 'M')

La razón más comúnmente dada por los periodistas entrevistados para justificar una cobertura inadecuada o superficial del conflicto postelectoral fue la cultura de reporteo y las inercias del trabajo. Los periodistas, en su mayoría, consideran que no investigaron o verificaron a cabalidad las acusaciones sobre fraude que a diario lanzaba el equipo de Andrés Manuel López Obrador, pero tampoco las pruebas que supuestamente lo demostraban. Están conscientes de que al periodismo le faltó verificar y corroborar la enorme marejada de información que se generaba minuto a minuto por parte de diversos actores políticos: cifras que se dieron, rumores y especulaciones que no se denominaban como tales, acusaciones entre candidatos que se exaltaban.

Se asumió, en el periodismo mexicano —y el conflicto postelectoral no fue la excepción—, que las declaraciones políticas son autosuficientes como unidades de información y se explican por sí mismas, y, por

tanto, están sujetas a evaluación e interrogación por parte del público, no por parte del periodista. Es decir, se asume que si el político miente o se exhibe a sí mismo por medio de declaraciones que seleccionan los medios como noticia, le corresponde al público juzgarlo y no al reportero verificarlo, pues la gente posee la suficiente información y contexto sobre la calidad moral de los políticos para poder decidir a quién creerle. Este reportero resume el sentir de muchos de sus compañeros sobre la prevalencia de un estilo de transcripción de declaraciones:

Yo creo que ahí servimos de simples espectadores, de reproductores de declaraciones de todas las partes, nunca hubo un periodismo de investigación que realmente pudiera demostrar algo más que lo que ya nos decían. O sea yo nunca ví una nota que revelara algo que no fuera información oficial. (Reportero político 1, diario 'F')

La explicación o la contextualización, y mucho más el análisis, quedaron relegados a la inmediatez. Los propios periodistas no lograban entender la información sobre la cual reportaban, y, por tanto, muchas de sus contribuciones abonaron a la confusión en lugar de aportar al esclarecimiento.

Sí había momentos en que salía un vocero o consejero del IFE a dar una conferencia que más que ayudarte te confundías más, y de repente "hacías la nota y salía", y te llamaban de Comunicación Social para hacer precisiones y sacar desmentidos. Fue un proceso que nos dejó más dudas que certezas. (Reportero político 2, radio 'P')

Encontramos que la transcripción fiel de declaraciones políticas y de las fuentes, y su consecuente yuxtaposición para cumplir con el criterio de balance y contraste, pareciera haberse constituido en la práctica más rápida y fácil, en línea con los requerimientos del periodista para dar voz a todos los actores y también para minimizar injerencia editorial por parte del reportero. Es decir, la práctica de informar sobre declaraciones cumple la función de diseminación de información y de objetividad, pues implica el distanciamiento editorial y la cobertura de todas las partes en conflicto. Además, por medio de la recolección de la mayor cantidad de declaraciones posibles, los periodistas aseguran, por un lado, la suficiente información para llenar los interminables ciclos de noticias en radio y la generación inmediata de noticias en Internet, y, por otro, garantizan

tener la misma información que sus competidores y la posibilidad de "no perder la nota".

Pero es cierto que también se produce una sobresaturación y dispersión de la información. Durante la crisis y escalada de encono social, producto de las acusaciones sobre fraude electoral y los campamentos de López Obrador a lo largo de las vías más importantes de la ciudad, la cantidad de información disponible y de posturas y opiniones se multiplicó considerablemente, con consecuencias desalentadoras.

Hubo una sobresaturación de información, hay una sobresaturación de declaraciones, de posiciones radicales de uno y otro lado. Hay pocos hechos y mucho menos análisis. ¿Cuál es el resultado? Pues que tienes una sociedad absolutamente desinformada, poco reflexiva y bueno, y cultural y políticamente impreparada. (Director editorial, diario 'C')

Así, tenemos que parte de la cultura periodística mexicana consiste en lo que Bernard Dagenais llama "transmisor" (*transmitter*), y que se caracteriza por "reproducir fielmente, sin distancia crítica, todos los hechos, rumores, hipótesis, declaraciones y contradicciones en circulación" (1992, p. 122)⁵. La abundancia de declaraciones y pronunciamientos por parte de políticos, candidatos, líderes religiosos, legisladores, gobernantes a escala regional, empresarios y otros actores en las semanas posteriores a la elección, sin duda suministró mucha información a los diarios y noticiarios de radio, pero sin que necesariamente se generaran los espacios para la reflexión y la perspectiva.

'El espejo que refleja la realidad': ¿neutralidad u opinión expresa?

Una de las metáforas más populares con la que los periodistas suelen describir su ocupación se refiere a que el medio es un espejo de la realidad y, por tanto, su función es reflejarla tal cual es. Para algunos participantes del estudio, el periodismo declarativo que se suscitó durante las semanas subsiguientes a las elecciones no provino de reporteo pasivo o poco asertivo para salir a flote, sino que es la manifestación última del tipo de clase política y la pobre calidad del debate que prevalece en el país.

A juicio de los entrevistados, el estilo de noticias que privilegian la declaración escandalosa no hace sino visibilizar la manera estridente en

⁵ Traducción propia.

que se conduce la política mexicana. Desde esta perspectiva, los periodistas estaban obligados a capturar los golpeteos y el tono de la confrontación entre candidatos y políticos con tanta exactitud y prontitud como fuera posible, de forma que la yuxtaposición de las posturas en conflicto diera una idea completa sobre el desarrollo del conflicto postelectoral, las acusaciones sobre fraude y las opiniones de todos los actores políticos a favor o en contra de que se hiciera un recuento de votos. Un popular conductor de radio captura la esencia de la metáfora del espejo.

Sí, nosotros los medios somos un espejo, un espejo que refleja imágenes, las imágenes de nuestra realidad [...] Nosotros reflejamos lo que estaba pasando. Lo que decía uno, lo que decía el otro, lo que opinaba, eso sí lo reflejamos [...] Andrés Manuel, no perdió por culpa mía, ¿eh? yo no contribuí a que él perdiera, yo no le quité ni un voto. (Conductor de noticiario estelar 2, radio 'N')

Al analizar si los medios estuvieron a la altura en su manera de reportar el conflicto postelectoral, y si abrieron un espacio para el debate, la comprensión y la explicación del conflicto, muchos entrevistados —particularmente editores y conductores de radio— se refirieron a la metáfora del espejo para describir y justificar su labor. Su trabajo es reflejar, tal cual ocurre, lo que está sucediendo, sin agregar nada más. No es labor del periodista recomponer a los políticos ni tratar con seriedad declaraciones irresponsables.

En la visión de los periodistas en posición de poder, la profunda polarización social que agudizó el conflicto postelectoral ya estaba ahí, en proceso, y los medios sólo reportaron lo que pasaba. Los medios no la crearon, ni la animaron o la hicieron crecer, sino Andrés Manuel López Obrador, sus “declaraciones incendiarias” o sus “delirios” de persecución. En la concepción amplia del medio como espejo de la realidad, otro segmento de entrevistados, particularmente los reporteros, consideran que los medios son nutridos por su pobre realidad política y social, y, por tanto, desprovistos de mecanismos de contrastación para ofrecer un balance. Quizá, por el contrario, prestos a capitalizar el posible beneficio, su tarea parece consistir en dar salida natural al escándalo inminente, a decir de un reportero de radio que cubrió la campaña de Andrés Manuel López Obrador: “Las declaraciones de los políticos tienden a ser el circo de la gente, pues en ese período en eso se convirtió, en el circo. El conflicto postelectoral se convirtió en el circo para la gente” (reportero 1, radio 'M').

De tal forma, la declaración, en cuanto unidad mínima del escándalo político, se construiría para dar fe de la ineptitud e ineficacia de

personajes e instituciones, y nutriría así los imaginarios colectivos de escepticismo hacia la clase política. La función del periodista, en tanto, consistiría en dar a sus audiencias lo que creían que estaban buscando: la confirmación de sus ideas preexistentes sobre una clase política incompetente, y candidatos estridentes y sin madurez para aceptar derrotas o sostener debate racional. El editor de un diario usa la metáfora del espejo para describir la cobertura del conflicto como fruto del tipo de cultura política prevaleciente:

Yo creo que la prensa reflejó al país, reflejó el pensamiento ciudadano del país, la pluralidad y también al decir, la ciudadanía y las instituciones y también reflejó las carencias, la insuficiencia del debate, el gusto por el melodrama y en algunos casos el poco compromiso con los hechos. (Director editorial, diario 'D')

Así, pues, el papel explícito en la cobertura del conflicto postelectoral para muchos periodistas no fue contribuir a elevar la calidad del debate político, sino evidenciar su pobreza, al capturar el tono exacto de la confrontación y las declaraciones incendiarias de uno y otro lados. En esta premisa de los medios como espejo de la realidad, éstos serían actores pasivos, meramente observadores que registran los acontecimientos, definidos por actores políticos en conflicto, sin intervención alguna.

Aun cuando esta posición fue más comúnmente defendida por entrevistados en posición jerárquica alta —directores editoriales, editores, presentadores de noticias—, quienes ocupan posiciones más subordinadas en la redacción parecen disentir. Cuando se les preguntó si el tipo de cobertura de los medios al conflicto postelectoral había exacerbado la polarización de la sociedad, muchos reporteros de los mismos medios de los conductores y editores que se refirieron a la metáfora del espejo concordaron en que los medios desempeñaron un papel fundamental para agudizar la polarización y, en muchos casos, alimentarla y crearla. “Estos líderes de opinión supuestamente están ayudando a entender qué está pasando en el ambiente político. Pero ahora aprovechan para en realidad marcar una tendencia” (reportera política 3, radio 'J').

En su opinión, la división entre los simpatizantes de cada candidato era alimentado por las propias filias y fobias de los más populares conductores de noticiarios en radio y televisión, o por las políticas editoriales y encabezados de los diarios que decidieron tomar partido, o por su decisión de entrevistar sólo a los personajes más radicales y estridentes de ambos equipos. Varios periodistas entrevistados señalaron como error que varios de estos conductores de radio se apresuraran a descalificar y

desacreditar, con una frase como “los votos ya se contaron”, las primeras declaraciones de Andrés Manuel López Obrador sobre la posibilidad de un fraude electoral y la demanda de un recuento total de los votos ante la estrechez del resultado. Un director editorial resume así la política de opinión y no de investigación que prevaleció durante la cobertura:

Predominaba desde antes la identidad o la identificación de los medios de comunicación con una élite más conservadora [...] que están en servicio o se identifican con esos intereses. Entonces cuando se produce este resultado tan cerrado y una controversia sobre el resultado electoral lo que se desencadena es una cobertura no factual, no de hechos, sino de un alto grado de interpretación y de orientación, o de distorsión de la información en la mayor parte de los medios de comunicación, particularmente en los electrónicos. (Director editorial, diario ‘C’)

Esta tendencia habría debilitado la posibilidad de tener voces sensibles y objetivas que pudieran poner las declaraciones en contexto, y privilegiar el escándalo o la indignación, antes que la explicación o la reflexión.

Así, tenemos que la metáfora de los medios como espejo también restringe algunos roles periodísticos normativos, como la verificación de la confiabilidad de las declaraciones y posicionamientos de los partidos, especialmente cuando el equipo perdedor daba conferencias de prensa diaria y declaraciones varias veces al día en diversos noticiarios, al presentar las supuestas pruebas de fraude e irregularidades, que cada quién decidía creer o no. Mientras la pregunta central del proceso electoral, y en realidad la agenda central, era si la elección había sido o no transparente, o si la prevención de tales irregularidades pudo haber arrojado un resultado diferente, los periodistas tenían ideas ambiguas sobre el trabajo que debían estar haciendo, su nivel de involucramiento o su imposibilidad e impotencia para verificar, por sus propios medios, las versiones de los candidatos y presuntas pruebas, en las semanas que transcurrieron mientras el Tribunal Federal Electoral resolvía su veredicto.

Simpatías políticas inevitables o militancia impuesta por intereses comerciales

Como hemos visto, durante las campañas electorales, los reporteros que las cubrieron se sintieron limitados para hacer acopio de su experiencia y capacidad analítica, con el fin de ofrecer escenarios más completos sobre los candidatos, y no sólo su discurso diario. También, hemos visto que

para los periodistas en posición de poder, la opinión irresponsable y la diseminación de una gran ola de declaraciones e información inconexa implicó un involucramiento de los conductores de radio a favor o en contra de los candidatos, aun si en su visión sólo reflejaban la realidad. Sin embargo, hay otro segmento de respuestas que revela que el periodismo militante perneó entre las redacciones de diversas formas, desde los dueños de los medios, con las consecuencias que ya examinaremos brevemente, como con los propios reporteros. La ambigüedad consistiría, pues, en la imposibilidad de distinguir simpatías personales (y quizá inevitables) de los sesgos políticos deliberados por intereses de la empresa o política editorial.

El proceso electoral, según recabamos de las reflexiones de nuestros entrevistados, giraba en torno a un candidato: Andrés Manuel López Obrador, y, por tanto, alrededor de las posturas a favor o en contra de él. A pesar de los numerosos desplantes y desaires que tuvo con la prensa, según los entrevistados, el candidato había logrado agrupar, de entre la fuente asignada a su campaña, un segmento de los reporteros que simpatizaban con su causa. También ganaba el apoyo de editores, redactores, productores y hasta conductores de radio, lo cual, según nuestros entrevistados, habría modelado de forma determinante e irremediable el tono y ángulo de la cobertura de su campaña, como comenta este reportero que se declaró crítico acérrimo del candidato.

Los medios estábamos metidos en esa guerra. Es decir, teníamos la mitad de reporteros que le apostaban a López Obrador, y la otra mitad que le apostaba al otro, y en esa pelea interna, entre medios, población, confusión, creo que nunca nos pusimos a reportear qué fue lo que ocurrió el 2 de julio. (Jefe de información, radio ‘P’)

Así mismo, ciertos conductores de radio (algunos de los cuales dieron entrevista para este proyecto) fueron los periodistas más comúnmente señalados por sus subordinados reporteros como pertenecientes a cierta tendencia política: derecha o izquierda. Para la mayoría de los entrevistados, los conductores de radio y TV no sólo tenían una simpatía hacia alguna causa, sino que en muchos casos llevaban a cabo “periodismo visceral”, con opiniones para denostar y denigrar al candidato, y no con análisis a profundidad. Dos conductores de radio admiten sus posturas políticas: “Nuestro periodismo es intransigente. Rechaza ideas, y hay filias y fobias. O sea yo soy un intransigente porque no acepto a López Obrador. Y me cuesta un trabajo horroroso tratar de aceptarlo” (conductor de noticiario estelar, Radio ‘G’).

Aun cuando durante las campañas, los medios parecen haber mantenido sus posturas editoriales de crítica hacia algunos candidatos y no otros, el monitoreo del IFE a la cobertura tuvo como consecuencia, según nuestros entrevistados, que fuera una cobertura equitativa. Pero fue después de la elección cuando los medios comenzaron a tomar posturas más abiertas, cuando Andrés Manuel López Obrador acusó de fraude, y su movimiento y votantes pedían un recuento total de votos, al tiempo que tomaban las calles de la ciudad con plantones, y la impugnación se encontraba en manos del Tribunal Electoral.

La prensa a partir del 2 de julio... del 2 de julio en la noche se descaró, se descaró porque muchos mostraron lo que en campaña quisieron disimular de que eran parciales. Cuando se destapa el conflicto pues fue claro que, que demostraron todas las filias y las fobias. (Reportero político 1, radio 'L').

Muchos medios ¿qué hicieron? Optaron por la vía más segura, ¿no? Siempre es mucho más seguro estar con el poderoso, pues, y en este caso quien ejercía el poder a plenitud era el entonces presidente Fox. Para los medios, siempre está el miedo de las concesiones, el miedo de las presiones a través de los presupuestos publicitarios del gobierno, que siguen significando muchísimo dinero para muchos medios, etcétera. (Conductor de noticiario estelar 3, radio 'N')

Así, en la última etapa del conflicto postelectoral, y también la más intensa de la polarización, pudimos percibir que los periodistas entrevistados notaron que el papel de los medios se transformó. Ya no se trataba sólo de preferencias personales ni de la forma de informar y tratar la noticia, sino de las posturas editoriales del medio y de su dueño o editor que más convinieran a sus intereses económicos. Aunque no hayan simpatizado con López Obrador durante la campaña, los reporteros perciben que los medios abrieron sus espacios al candidato ante la posibilidad de que ganara la presidencia, y, por tanto, por la conveniencia de estar en buenos términos con el gobierno ante la asignación de publicidad oficial en los medios y la renovación de concesiones de radio y televisión.

Pero, una vez el candidato agudiza sus críticas a los medios y acusa un "cerco informativo"; cuando es claro que el fraude no se prueba y el Tribunal valida la victoria de Felipe Calderón, muchos periodistas admiten que los medios se reagruparon a favor de las instituciones y que la cercanía o influencia de López Obrador en los medios se diluyó. El director de un prestigioso diario admite:

Yo sí creo que los periódicos en su absoluta mayoría decidieron tomar partido a favor o en contra de López Obrador, que ésa era la definición periodística. Y que muchos periódicos siguen en esa dinámica ahorita, un año después de la elección. Mi periódico, he de decirlo, jugó con los dos porque, ni le apostó a López Obrador ni a Calderón. Cuando Felipe Calderón fue declarado presidente, el periódico decidió disminuir el debate electoral, especialmente ante la falta de evidencia de un fraude electoral. (Director editorial, diario 'T')

No sólo el partidismo se asumió como postura ideológica personal, sino como forma de supervivencia para salvaguardar intereses políticos y económicos una vez hubo claridad sobre quién sería el presidente, incluso si algunos medios de izquierda siguieron funcionando como la plataforma para canalizar las voces de los inconformes, con la resolución del Tribunal que validó la victoria de Calderón.

Encontramos, por tanto, que surgió una forma de 'institucionalidad', que, en nombre de la defensa a la democracia y las instituciones, empezó a marginar el movimiento de López Obrador. La resolución del Tribunal que legitimaba a Felipe Calderón, y explícitamente desechaba cualquier dejo de fraude y las pruebas presentadas por el candidato perdedor, parecía poner punto final al conflicto, incluso cuando la propia resolución abría muchos espacios para la especulación y continuó siendo controversial. Los periodistas que habían sido críticos de las instituciones y sus procesos, ahora las defendían. Para muchos, la consigna de sus medios había cambiado: los encabezados de los diarios se volvieron menos neutrales después de la elección y especialmente después de la resolución del Tribunal, y tras dos meses de debate y controversia, gradualmente comenzaron a disminuir la cobertura de los mexicanos inconformes o que aún pedían el recuento total de votos.

Conclusiones: roles periodísticos y conflicto político

Durante crisis y conflictos políticos, los medios gradualmente adoptan posiciones que incrementan el grado de intervención de los periodistas en su contenido. Así, una primera fase que supondría la observación distanciada y la diseminación acrítica de todo tipo de información, verificable o no, sería insuficiente, al no asumir un compromiso con la explicación, el análisis y la búsqueda de la verdad. Por otra parte, a medida que avanzan las crisis y los conflictos, los medios pasarían a ser protagonistas activos del conflicto, al asumir abiertas posiciones que interpretan y representan un fragmento subjetivo de la realidad, y, por tanto, al narrarla de manera fragmentaria y prejuiciada.

Encontramos que ambas posiciones, la de observador distanciado y la de actor entrometido, parecieran ser necesarias en circunstancias en las que fluyen las dudas; debe ejercerse el rol de vigilante, pero también la equidad con los actores en conflicto. Estos dos grandes roles se alternaron y amalgamaron en varias etapas y niveles de análisis de la cobertura del conflicto postelectoral de 2006, en México, que hemos examinado aquí por medio de diversas arenas de ambigüedad. Asumir un rol u otro dependió de la naturaleza misma de la información, pero también de la cultura de reporteo y de la posición que ocupe el periodista en la jerarquía organizacional, de su grado de visibilidad y poder, de sus hábitos de reporteo y relación con sus fuentes, y de las rutinas de producción y convenciones narrativas.

Los reporteros, por ejemplo, fueron los diseminadores acrílicos de información, aun cuando su conocimiento del tema podría conferirles más autoridad y capacidad de análisis para entender los conflictos en contexto. Los presentadores de radio y columnistas, por otra parte, intervinieron activamente en la interpretación del conflicto, con una enorme carga de subjetividad y opinión, pero sin necesariamente proveer claves para entender los asuntos a profundidad.

En ambos casos encontramos una cobertura del conflicto postelectoral realizada por periodistas que, de entrada, tenían no sólo prácticas aprendidas, probadas y cíclicas sobre cobertura de campañas, sino que ante un evento nunca antes visto, y con la marejada de información que se desprendió de él, tuvieron un importante grado de incertidumbre sobre el propio proceso electoral, y sobre el tipo de papel y el grado de profundidad que se esperaba de ellos.

Mediante el análisis de entrevistas a profundidad con 90 periodistas de 22 medios hemos podido constatar que discursivamente se adhieren a la retórica tradicional del periodismo, que los posiciona en un papel distanciado, neutral, vigilante del poder político y de diseminación de información.

Sin embargo, los intereses económicos y políticos de los propietarios y ejecutivos, así como las filias y fobias de conductores de radio y televisión, y editores de diarios, fueron factores primordiales que incidieron en la forma de cubrir el conflicto y animar la polarización social. Pero también lo fueron la sobresaturación de información y una priorización de la inmediatez, ante la abrumadora ola de declaraciones, de posturas, de especulaciones o de rumores, sobre la medida, la sistematización de datos, la explicación o el análisis.

Observamos que los periodistas admiten una cobertura basada más en el escándalo que en el análisis; en el radicalismo, que en el consenso; en

la descalificación, que en la duda razonable; en el dato solitario, que en el conjunto de hechos. Como consecuencia, el tratamiento superficial de los hechos diluyó la posibilidad de discutir el conflicto postelectoral más allá de las declaraciones de los actores políticos. Si bien la diseminación de información —cada nuevo dato, nueva declaración o nuevas hipótesis— que iba emergiendo fue puntual y oportuna, también fue excesiva, fragmentaria y descontextualizada, y en muchos casos, provocó el efecto contrario a informar.

La cobertura del conflicto por medio de declaraciones *deshistorizó* y fragmentó las acusaciones sobre fraude; simplificó y personalizó el conflicto, al presentarlo como capricho o berrinche de un mal perdedor; sirvió como la caja de resonancia propagandística y de lucha de los actores políticos, y por tanto, relegó a los medios, en una dimensión, como voceros de las promociones partidistas o como los actores que abonaron al conflicto.

Paralelamente a la reflexión crítica que hicieron los periodistas a su trabajo durante el conflicto postelectoral, es posible constatar la tensión y ambigüedad en el seno de valores tradicionalmente asociados con el periodismo: facticidad y objetividad. Estos valores, reinterpretados y asimilados con la propia idiosincrasia cultural del país, que suponen distanciamiento editorial por parte del periodista, con frecuencia limitan las posibilidades narrativas y explicativas de los reporteros, al conferirles un rol de mero transcriptor.

Por otra parte, la manifestación explícita de posiciones políticas y partidistas, si bien común entre presentadores de radio y algunos diarios, también es abiertamente condenada como política editorial. Por medio de la explotación y exhibición de las voces estridentes y la publicación de verdades subjetivas de los actores, los medios pudieron alinearse tácitamente con el candidato que mejor conviniera a sus intereses. Asistimos, pues, a la configuración y acomodamiento de un periodismo mexicano pragmático que parece adaptarse a las circunstancias, al contexto y a la coyuntura; que está enfocado en el corto plazo, pero que no encuentra las claves estructurales para insertarse como agente de cambio o de vigilancia en el largo plazo.

Sin duda, las consecuencias positivas de las elecciones del 2006 es que obligaron a los periodistas mexicanos a ejercer la autocritica y la reflexión sobre sus propias prácticas de reporteo, su relación con la sociedad, con sus colegas y consigo mismos. Encontramos, de hecho, una percepción generalizada de insatisfacción con la cobertura que hicieron los medios al conflicto postelectoral, y de aceptación y señalamiento de errores individuales y colectivos: reconocen en sí mismos una falta de pericia y visión para informar de manera más profunda.

Mientras los académicos tenemos el reto de *desoccidentalizar* el pensamiento que sustenta la normatividad del periodismo y teorizarlo desde el contexto geopolítico y social de América Latina, los propios periodistas parecen añorar un modelo de periodismo que no sólo disemine, sino que contextualice e investigue a profundidad. Quieren poder tener la posibilidad de vigilar, analizar y contar historias de distinta manera. El periodismo iconoclasta de crítica a todos los actores parece ir agotando su (mala) función de vigilante del poder político, y en lugar de ello, parece demandar un periodismo más especializado y preciso, más maduro y profundo, que precisan nuestros tiempos.

Referencias

- Aceves González, F. J. (2001) "La investigación académica sobre el papel de los medios de comunicación en los procesos electorales en México", en I. Lombardo García (coord.) *La comunicación en la sociedad mexicana. Reflexiones temáticas*. México: AMIC.
- (2002), *Los medios y la construcción de la imagen pública: las elecciones presidenciales de 1994 en México*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara.
- Arredondo, P.; Fregoso, G., y Trejo Delarbre, R. (coord.) (1991), *Así se calló el sistema: comunicación y elecciones en 1988*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara.
- Benson, R. (2002), "The political/literary model of French journalism: change and continuity in immigration news coverage, 1973-1991", *Journal of European Area Studies*, vol. 1, núm. 10, pp. 49-70.
- (2005), "Mapping field variation: journalism in France and the United States", en Benson, R. y Neveu, E. (coord.), *Bourdieu and the Journalistic Field*, Cambridge, GB: Polity Press, pp. 85-112.
- Benson, R. y D. Hallin (2007), "How states, markets and globalization shape the news: The French and US national press, 1965-97", *European Journal of Communication*, vol. 1, núm. 22, pp. 27-48.
- Boudana, S. (2010), "On the values guiding the French practice of journalism: Interviews with thirteen war correspondents", *Journalism*, vol. 3, núm. 11, pp. 293-310.
- Carpentier, N. (2005), "Identity, contingency and rigidity: the (counter-)hegemonic constructions of the identity of the media professional", *Journalism*, vol. 2, núm. 6, pp. 199-219.
- Chalaby, J. (1996), "Journalism as an Anglo-American invention. A comparison of the development of French and Anglo-American journalism, 1830-1920s", *European Journal of Communication*, vol. 3, núm. 11, pp. 303-326.
- (1998), *The Invention of Journalism*, Basingstoke, McMillan.
- Christians, C. G. et al. (2009), *Normative Theories of the Media: Journalism in Democratic Societies*, Urbana, University of Illinois Press.
- Crespo, J. A. (2008), *Hablan las actas. Las debilidades de la autoridad electoral*, México, Grijalbo.
- Curran, J. (2002), *Media and Power*, Londres, Routledge.
- Curran, J. y Park, M. J. (coord.) (2000), *De-Westernizing Media Studies*, Londres, Routledge.
- Dagenais, B. (1992), "Media in crises: Observers, actors, or scapegoats?", en Raboy, M. y Dagenais, B. (coord.), *Media, Crisis And Democracy: Mass Communications and the Disruption of the Social Order*, Londres, Sage, pp. 120-132.
- Dahlgren, P. (2009), "The Troubling Evolution of Journalism", en B. Zelizer (ed.), *The Changing Faces of Journalism: Tabloidization, Technology and Truthiness*, Londres, Routledge.
- Deuze, M. (2005), "What is journalism? Professional identity and ideology of journalists reconsidered", *Journalism*, vol. 4, núm. 6, pp. 442-464.
- Díaz, S. (2007), *Reporte 2006: El desquite*, México, Grijalbo.
- Donsbach, W. (1995), "Lapdogs, watchdogs and junkyard dogs", *Media Studies Journal*, vol. 4, núm. 9, pp. 17-30.
- Donsbach, W. y Patterson, T. E. (2004), "Political news journalists: partisanship, professionalism and political roles in five countries", en Esser, F. y Pfetsch, B. (coord.), *Comparing Political Communication: Theories, Cases and Challenges*, Cambridge, GB, Nueva York, Cambridge University Press, pp. 251-270.
- Espino, G. (2009), *República del escándalo: política espectáculo, campaña negativa y escándalo mediático en las presidenciales mexicanas*, México, Fontamara, Universidad Autónoma de Querétaro.
- Gans, H. (2003), *Democracy and the News*, Nueva York, Oxford University Press.
- García Calderón, C. (coord.) (2007), *El comportamiento de los medios de comunicación. Elección 2006*, México, Plaza y Valdés, Universidad Nacional Autónoma de México.
- García Calderón, C. y Figueiras Tapia, L. (2006), *Medios de comunicación y campañas electorales 1988-2000*, México, Plaza y Valdés.
- Gómez Tagle, S. (1988), "Conflictos y contradicciones en el sistema electoral mexicano", *Estudios Sociológicos*, núm. 16, pp. 3-38.
- (2007), "Las elecciones del 2 de julio en la consolidación del pluralismo político", en Cheresky, I. (coord.), *Elecciones presidenciales y giro político en América Latina*, Buenos Aires, Manantial, pp. 149-84.
- Hallin, D. y Giles, R. (2005), "Presses and democracies", en Overholser, G. y Hall Jamieson, K. (coord.), *The Press*, Nueva York, Oxford University Press, pp. 4-16.

- Hallin, D. y Mancini, P. (2004), *Comparing Media Systems: Three Models of Media and Politics*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Hanitzsch, T. (2007), "Deconstructing journalism culture: toward a universal theory", *Communication Theory*, núm. 17, pp. 367-385.
- Hanitzsch, T. y C. Mellado (2011) What Shapes the News around the World? How Journalists in Eighteen Countries Perceive Influences on Their Work, *International Journal of Press/Politics*, 16(3): 404-26
- Hernández Avendaño, J. L. y Muñoz Armenta, A. (coord.) (2010), *Democracia reprobada: la elección presidencial del 2006*, México, Universidad Iberoamericana.
- Johnstone, J.; Slawski, E. J., y Bowman, W. W. (1976), *The News People: A Sociological Portrait of American Journalists and Their Work*, Urbana, University of Illinois Press.
- Katz, E. (1972), "Platform and windows: Broadcasting's role in election campaigns", en McQuail, D. (coord.), *Sociology of Mass Communication*, Midlessex, Penguin books, pp. 353-371.
- Kovach, B. y Rosenstiel, T. (2001), *The Elements of Journalism: What Newspeople Should Know and the Public Should Expect*, Nueva York, Crown Press.
- Kroon Lundell, A. y Ekström, M. (2010), "'Interview bites' in television news production and presentation", *Journalism Practice*, vol. 4, núm. 4, pp. 476-491.
- Lajous, A. (2007), *Confrontación de agravios: la postelección de 2006. La democracia mexicana en la cuerda floja*, México, Océano.
- López Obrador, A. M. (2006), *La mafia nos robó la presidencia*, México, Grijalbo.
- Mancini, P. (2000), "Political complexity and alternative models of journalism: the Italian case", en Curran, J. y Park, M.-J. (coords.), *De-westernizing media studies*, Londres, Routledge, pp. 265-278.
- (2005), "Is there a European model of journalism?", en Burgh, H. de (coord.), *Making Journalists: Diverse Models, Global Issues*, Abingdon, UK, Nueva York Routledge, pp. 77-93.
- Manning, P. (2001), *News and News Sources: A Critical Introduction*, Londres, Sage.
- McChesney, R. (1999), *Rich Media, Poor Democracy: Communication Politics in Dubious Times*, Urbana, University of Illinois Press.
- Mellado Ruiz, C. (2010), *Comparing Journalism Cultures in Latin America: The Case of Chile, Brazil and Mexico* [28.ª Conferencia de la Asociación Internacional de Investigadores en Medios y Comunicación, Universidad de Minho, Braga, Portugal].
- Pliego Carrasco, F. (2007), *El mito del fraude electoral en México*, México, Pax.
- Rodríguez Araújo, O. (2008), 2^{da} ed. *México en vilo*, México, Jorale/Orfila.
- Schudson, M. (2008), *Why Democracies Need an Unlovable Press*, Cambridge, Polity Press.
- y Anderson, C. (2008). "Objectivity, Professionalism, and Truth Seeking in Journalism", en Wahl-Jørgensen y Hanitzsch (eds.), *The Handbook of Journalism Studies*, Londres y Nueva York, Routledge.
- Siebert, R.; Peterson, T. y Schramm, W. (1956), *Four Theories of the Press*, Urbana, University of Illinois Press.
- Splichal, S. y Sparks, C. (1994). *Journalists for the 21st century: tendencies of professionalization among first-year students in 22 countries*, Nueva Jersey, Ablex.
- Tello, C. (2007), *Dos de julio. La crónica minuto a minuto del día más importante de nuestra historia contemporánea*, México, Planeta.
- (2001), *Mediocracia sin mediaciones: prensa, televisión y elecciones*, México, Cal y Arena.
- (2005), *Poderes salvajes: Mediocracia sin contrapesos*, México, Cal y Arena.
- Tumber, H. (2004), "Prisoners of News Values? Journalists, professionalism, and identification in times of war", en Allan, S. y Zelizer, B. (coord.), *Reporting War: Journalism in Wartime*, Abingdon, GB: Routledge, pp. 190-205.
- Varela Guinot, H. (2010), "Las instituciones electorales y la derrota de Andrés Manuel López Obrador: la prueba reprobada de nuestra democracia", en Hernández Avendaño, J. L. y Muñoz Armenta, A. (coord.), *Democracia reprobada: la elección presidencial del 2006*, México, Universidad Iberoamericana, pp. 41-80.
- Villamil, J. y Scherer, J. (2007), *La guerra sucia de 2006. Los medios y los jueces*, México, Grijalbo.
- Wallis, D. (2003), "Democratisation, parties and the net: Mexico — model or aberration?", en Gibson, R.; Nixon, P., y Ward, S., *Political Parties and the Internet. Net Gain?*, Londres, Nueva York, Routledge, pp. 175-94.
- Weaver, D. (coord.) (1998), *The Global Journalist: News People Around the World*, Cresskill, NJ: Hampton Press.
- (2005), "Who are journalists?", en Burgh, H. de (coord.), *Making Journalists: Diverse Models, Global Issues*, Abingdon, UK: Routledge, pp. 44-57.
- Weaver, D. y Wilhoit, C. (1986), *The American Journalist: A Portrait of U.S. Newspeople and their Work*, Bloomington, IN: Indiana University Press.
- (1996), *The American Journalist in the 1990s: US News People at the End of an Era*, Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum.